

Caperucita Roja

Érase una vez una niña pequeña. Era modesta y bondadosa, obediente y trabajadora. La madre no podía alegrarse lo suficiente de tener una ayudanta así: la hija la auxiliaba en las tareas del hogar y, cuando todo el trabajo estaba hecho, leía algo en voz alta a su madre.

A todos les agradaba esta dulce niña, pero quien más la quería era la abuela. En cierta ocasión, cosió una caperucita de terciopelo rojo y se la regaló a su nieta por su onomástico.

La nueva caperucita le sentaba muy bien a la niña, y como desde aquel día no quiso llevar ninguna otra, la gente la llamó Caperucita Roja.

Un día, la madre decidió hornear un pastel.

Amasó la masa, mientras Caperucita Roja recogía manzanas en el jardín. ¡El pastel quedó espléndido! La madre lo miró y dijo:

—Caperucita Roja, ve a visitar a la abuela. Te pondré en la cestita un trozo de pastel y una botella de leche; llévaselos.

Caperucita Roja se alegró, se preparó al instante y partió hacia la casa de la abuela, que vivía al otro extremo del bosque.

La madre salió al porche para despedir a la niña y comenzó a darle consejos:

—No hables con extraños, hija mía, y no te apartes del camino.

—No te preocupes —respondió Caperucita Roja, se despidió de su madre y emprendió el camino a través del bosque hasta la casa donde vivía la abuela.

Caperucita Roja caminaba por el sendero, caminaba, cuando de pronto se detuvo y pensó: «¡Qué flores tan hermosas crecen aquí, y yo ni siquiera miro a mi alrededor; qué melodiosamente cantan los pájaros, y yo como si no los oyera! ¡Qué bien se está aquí, en el bosque!»

En efecto, los rayos del sol se filtraban entre los árboles, en los claros florecían fragantes y bellas flores, sobre las cuales revoloteaban mariposas.

Y Caperucita Roja decidió:

«Le llevaré a la abuela, junto con el pastel, también un ramo de flores. Seguramente le agradará. Además, aún es temprano; siempre llegaré a tiempo a su casa».

Así que se apartó del camino directamente hacia la espesura del bosque y comenzó a recoger flores. Arrancaba una flor y pensaba:

«Más allá hay otra aún más bonita», y corría hacia ella; y de este modo se adentraba cada vez más y más en el bosque.

La niña caminaba por el bosque, recogía flores, cantaba una canción, cuando de pronto se encontró frente a frente con un lobo furioso.

Pero Caperucita Roja no sintió miedo alguno.

—¡Hola, Caperucita Roja! —dijo el lobo—. ¿Adónde vas tan temprano?

—A casa de la abuela.

—¿Y qué llevas en la cestita?

—Una botella de leche y un pastel; lo hemos horneado mamá y yo para alegrar a la abuela. Está enferma y débil; que se recupere.

—Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

—Un poco más adelante en el bosque; su casita está bajo tres grandes robles.

—Buen viaje, Caperucita Roja —murmuró el lobo, mientras pensaba para sí: «Qué niña tan encantadora; sería un bocado delicioso para mí; quizás más sabroso que la vieja; pero, para atraparlas a ambas, debo actuar con más astucia».

Y echó a correr con todas sus fuerzas por el camino más corto hasta la casa de la abuela.

Caperucita Roja seguía caminando por el bosque, sin prisa alguna, mientras el lobo gris ya llamaba a la puerta de la abuela.

—¿Quién es?

—Soy yo, Caperucita Roja; te traigo un pastel y una botella de leche; ábreme —respondió el lobo con voz fina.

—Aprieta el pestillo —gritó la abuela—; estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo apretó el pestillo, la puerta se abrió y, sin decir palabra, se acercó directamente a la cama de la abuela y se tragó a la anciana.

Luego, el lobo se puso su vestido y su cofia, se acostó en la cama y corrió las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita Roja seguía recogiendo flores y, cuando ya había reunido tantas que no podía cargar más, recordó a la abuela y partió hacia su casa.

Caperucita Roja llegó a la casita de la abuela y encontró la puerta abierta. Se sorprendió, entró y gritó:

—¡Buenos días! —Pero no hubo respuesta.

Entonces se acercó a la cama, corrió las cortinas y vio que allí yacía la abuela, con la cofia calada hasta cubrirle todo el rostro, y con un aspecto extraño.

—¡Ay, abuelita, por qué tienes unas orejas tan grandes! —preguntó Caperucita Roja.

—¡Para oírte mejor!

—¡Ay, abuelita, qué ojos tan grandes tienes!

—¡Es para verte mejor!

—¡Ay, abuelita, y por qué tienes unas manos tan grandes!

—¡Para abrazarte con más facilidad!

—¡Oh, abuelita, qué boca tan grande tienes!

—¡Es para tragarte con más facilidad!

Dicho esto, el lobo saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

El lobo, habiendo comido hasta saciarse, volvió a acostarse en la cama, se durmió y comenzó a roncar muy, muy fuerte.

Pasaba por allí un cazador.

Oyó unos sonidos extraños que provenían de la casita y se alertó: ¡no era posible que la anciana roncara tan fuerte!

Se acercó sigilosamente a la ventana, miró dentro y vio que en la cama yacía un lobo.

—¡Conque aquí estás, bandido gris! —dijo—. Ya hace mucho que te busco.

Al principio, el cazador quiso disparar al lobo, pero luego cambió de opinión. Quizás se había tragado a la abuela, y aún podría salvarla.

Entonces el cazador tomó unas tijeras y abrió el vientre del lobo dormido. De allí salieron Caperucita Roja y la abuela, ambas vivas y ilesas.

Los tres estaban muy, muy contentos. El cazador desolló al lobo y se llevó la piel a casa. La abuela comió el pastel, bebió la leche que le había traído Caperucita Roja y comenzó a recuperarse y a recobrar fuerzas.

Caperucita Roja, por su parte, comprendió que siempre hay que obedecer a los mayores y nunca apartarse del camino en el bosque.